

José Miguel GASTÓN AGUAS

¡Vivan los comunes! Movimiento comunero y sucesos corraliceros en Navarra (1896-1930)

Tafalla, Txalaparta, 2010, 407 pp.

Los conflictos en torno al comunal estuvieron en el centro de la cuestión agraria y social desde las últimas décadas del siglo XIX hasta la guerra civil. El ataque liberal contra el régimen comunal alteró el equilibrio anterior y produjo un aumento de la inestabilidad y la violencia en el interior de las comunidades rurales, siendo la mitad meridional de Navarra una zona especialmente conflictiva. Apoyándose en las fuentes judiciales y municipales de los pueblos que conforman el partido judicial de Tafalla, el autor narra, de forma magistral, cómo los distintos colectivos que conformaban esas comunidades rurales lucharon por el control de la tierra, una lucha que, influida por las distintas coyunturas y contextos, fue alterando su propia esencia comunitaria.

El libro se divide en dos partes. La primera contribuye no sólo a enmarcar el trabajo dentro del contexto económico y social de la época dotándole, además, de una estructura teórica en la que inscribir los acontecimientos, sino también a presentar a los personajes, individuales o colectivos, que los protagonizan. La segunda parte, más extensa, narra cronológicamente y de forma minuciosa los diversos acontecimientos que se fueron sucediendo. Las pugnas por el control del factor tierra —clave a la hora de determinar la distribución de la renta y el control social y político— y, en especial, las distintas estrategias adoptadas en torno al comunal se convierten en la columna vertebral de la obra.

Las diversas estrategias adoptadas actúan como un elemento de identificación para los distintos grupos en conflicto y sirven al autor para caracterizar a los personajes de este drama en tres grandes grupos o “identidades”. Así, tendríamos la identidad corralicera burguesa, formada por la élite propietaria, normalmente absentista y crecientemente ajena a la comunidad, y el resto de la población, los campesinos, que se dividirían en labradores y jornaleros. Una clasificación que va más allá de la tan manida bipolaridad que enfrenta a la élite propietaria con el resto de la comunidad campesina y en la que los distintos colectivos no permanecen fijos sino que están en constante mutación, lo mismo que las alianzas entre ellos, dependiendo de la coyuntura y el contexto. Además de trazar el contorno de los distintos colectivos, Gastón baja aún más el nivel del análisis para conocer el “rostro de la multitud”, las individualidades que participan activamente en las distintas asociaciones y en el poder local o regional, no sólo las que componen los grupos antes indicados, sino también aquellos personajes que, como el párroco de los pueblos, completan el cuadro de la sociedad rural y son piezas fundamentales en el complejo juego de intereses y alianzas que se van formando. De esta forma, mientras “los

individuos desleales a la comunidad” trataban de apoderarse de los recursos que proporcionaba el comunal, otros cuestionaron la desigual distribución del disfrute de la tierra y se movilizaron por un reparto más equitativo y justo de la misma.

La narración de lo sucedido, centrándose especialmente en el movimiento comunero, nos hace partícipes de la complejidad y la vida que bullía en el seno de estas comunidades, heterogéneas en su composición, y nos permite entender la gran diversidad de estrategias que se fueron adoptando, desde las silenciosas o adaptativas a las violentas, pasando por la emigración. Dentro de este fresco en constante ebullición nos encontramos con el uso de la vía legal o la siempre presente conflictividad cotidiana, rastreada a través de las denuncias, pero también con acciones más organizadas que, poco a poco y con avances y retrocesos, irán cristalizando en un asociacionismo agrario cada vez más complejo. Los locales acondicionados para tal fin por las diversas asociaciones pero también, y quizás más importantes, la carpintería o la barbería, constituyen focos de reunión cotidianos que, junto con las tabernas y cafés, incubarían el germen de las futuras acciones colectivas. La descripción de las formas cotidianas, normalmente espontáneas, de protesta contribuye de forma notable a mostrarnos el contexto en el que tenían lugar otras acciones colectivas más organizadas. Las reyertas, los anónimos, las coacciones, los incendios, los hurtos, los ataques a la propiedad, los desacatos y atentados contra la autoridad, o incluso las coplillas que se cantaban, todos hablan de una atmósfera conflictiva en la que se intercalaban períodos de calma con otros más tensos.

En general, se observa como los movimientos de protesta fueron incrementando su complejidad y nivel organizativo. Las acciones colectivas más organizadas se inician con la creación de sociedades de corralizas que adquieren tierras para impedir más ventas. Por otro lado, comisiones de vecinos primero y sociedades comuneras después intentaban encauzar las reivindicaciones populares para preservar los derechos tradicionales o conseguir un reparto de la tierra y, con el tiempo, se convirtieron en los interlocutores de estos grupos ante las instituciones municipales y provinciales. Algunas de estas asociaciones evolucionaron hacia el sindicalismo de clase debido a la irrupción de ideologías revolucionarias y a la impotencia derivada de la irresolución del conflicto. Simultáneamente, y con el apoyo de sectores más conservadores, se fomenta el cooperativismo como medio para mejorar la situación del campesinado pero también como vía para crear asociaciones interclasistas que redujeran la conflictividad al establecer un marco de intereses compartido por todos. En este sentido, la actitud paternalista de las élites sólo consiguió parchear la situación de desigualdad y demorar el conflicto. El acceso directo al poder local, por otro lado, se convierte en un importante complemento del asociacionismo agrario como medio para conseguir los objetivos propuestos e influir en el reparto del comunal. El destino de estas comunidades se va fraguando, por tanto, en distintos ámbitos que se interrelacionan entre sí. La minuciosidad y el detalle de la exposición

permiten identificar a los protagonistas de los hechos y, más importante aún, trazar los vínculos personales que se van formando entre las distintas instancias de toma de decisiones a nivel colectivo, desde las distintas asociaciones al poder local y provincial.

En conjunto, esta obra es el relato de los triunfos y fracasos que van cosechando los distintos colectivos sociales en relación con el reparto de los recursos que proporcionaba el comunal pero, fundamentalmente, de la energía social que impregnaba todos los ámbitos de la vida de estas comunidades. El autor ha conseguido combinar de forma brillante las dos principales virtudes que debe reunir un texto de estas características. La riqueza de los detalles permite, por un lado, recrear vivamente los sucesos acaecidos y entender las estrategias seguidas por sus protagonistas pero, más importante aún, estos hechos trascienden el ámbito local para mostrar-nos patrones y estructuras de validez general.

Francisco Javier Beltrán Tapia

Universidad de Zaragoza